



Sesión 4  
Jueves, 11 enero 2018

## Pastoral del primer anuncio

Juan Carlos Carvajal Blanco<sup>1</sup>  
Facultad de Teología San Dámaso (Madrid)

“¿Humanizar antes de cristianizar? Si la tarea es un éxito,  
el cristianismo llegará demasiado tarde: el sitio estará ocupado.  
¿Es que el cristianismo no tiene valor humanizador?”

*Henri de Lubac*

- I) LA ACCIÓN MISIONERA, PRIORIDAD DE LA NUEVA ETAPA EVANGELIZADORA
  - 1) Nuestras comunidades eclesiales están llamadas a una verdadera conversión misionera (EG 25.27.35-36)
  - 2) Una conversión misionera que nazca de la alegría del encuentro con Cristo (EG 1.264.120)
    - El encuentro con Jesucristo es prioritario bien para convocar a la fe (cf. EG 7), bien para renovar la alegría de creer (cf. EG 11).
  - 3) El primer anuncio está al servicio del encuentro con Cristo.
    - “El kerigma es trinitario” y actualiza el misterio de la salvación (EG 164)
    - El encuentro con Jesucristo nos hace salir de nosotros mismos para buscar el bien de todos (cf. EG 39).
- II) LA LÓGICA DEL ENCUENTRO CON DIOS EN CRISTO
  - 1) Algunas aclaraciones sobre el encuentro con Dios.
    - El ser humano es una criatura con vocación divina.
    - Dios, libremente, cumple la vocación divina de los seres humanos por la encarnación y la pascua de su Hijo, Jesús.
    - Dios busca a todo hombre y por la acción de su Espíritu, de un modo solo conocido por Él, lo asocia a su Hijo, Jesús.
  - 2) La pastoral misionera: al servicio de la contemporaneidad de Cristo.
    - La tarea última de la Iglesia es hacer presente y dar a conocer el Misterio de Cristo redentor (RM 5; EG 11).

---

<sup>1</sup> J. C. CARVAJAL BLANCO, *Pedagogía del primer anuncio. El Evangelio ante el reto de la increencia* (PPC, Madrid 2012).

- Toda comunidad cristiana y, en su seno, todo creyente, por el hecho de serlo, es responsable de este testimonio que abre las puertas a la transmisión de la fe (AG 11).

### III) HITOS DEL ITINERARIO DE CONVERSIÓN: HACIA LA ACOGIDA DEL EVANGELIO

- 1) “Conócete a ti mismo” (Templo de Delfos).
  - Tarea de la Iglesia: *acompañar, establecer interlocución e interpelar a la luz de la Palabra.*
- 2) La cuestión del sentido último.
  - Tarea de la Iglesia: *poner en conexión el sentido de las partes con el sentido del todo y apoyar el proceso de liberación.*
- 3) El hombre activa su capacidad divina por la búsqueda de Dios.
  - Tarea de la Iglesia: *confrontar al sujeto ante su propio misterio y conducir delante del Misterio divino.*
- 4) El anuncio y propuesta del Evangelio suscita la fe inicial y conversión primera, definidas como atracción por Cristo y su Evangelio.
  - Criterio fundamental: “El trato con Dios en Jesucristo” (RICA 15).
  - Movimiento de la fe y la conversión inicial: “Arrancado del pecado e inclinado al misterio del amor de Dios” (RICA 10).

### IV) PROCESO PASTORAL DEL PRIMER ANUNCIO DEL EVANGELIO

- 1) Presencia: la misión de compartir la condición ordinaria de la vida humana.
  - Presencia encarnada: en movimiento de ida: “Id por todo el mundo...” (Mc 16, 15).
  - Presencia significativa e que interpela
- 2) Testimonio: la tarea de significar la novedad de vida que trae Jesucristo (“primera e insustituible” RM 42).
  - Novedad de vida.
  - Sentido apostólico.
- 3) Diálogo: el cuidado de escuchar, acoger, discernir y alentar la búsqueda religioso–cristiana (EG 128.171).
  - Desvelarnos y dejar que el otro desvele su intimidad para poder reconocer y secundar la acción antecedente de Dios.
  - En el diálogo despertar en el otro la pregunta religiosa–cristiana
- 4) Anuncio: “Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte” (EG 164; “prioridad permanente” RM 44).
  - Narración, por parte del creyente, de la propia experiencia del kerygma.
  - Declaración del primer anuncio con significado existencial: el núcleo del evangelio conectado con las cuestiones vitales que han desvelado el diálogo



- Proposición: invitación a una decisión y a que emprenda un movimiento hacia la comunidad cristiana “venid y lo veréis” (Jn 1,39), donde podrá experimentar lo que se le propone.

V) CONCLUSIÓN: INICIARNOS EN EL ACOMPAÑAMIENTO MISIONERO (EG 169-170)

“En una civilización paradójicamente herida de anonimato y, a la vez obsesionada por los detalles de la vida de los demás, impudorosamente enferma de curiosidad malsana, la Iglesia necesita la mirada cercana para contemplar, conmovirse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario. En este mundo los ministros ordenados y los demás agentes pastorales pueden hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. *Ex* 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana.

Aunque suene obvio, el acompañamiento espiritual debe llevar más y más a Dios, en quien podemos alcanzar la verdadera libertad [...] El acompañamiento sería contraproducente si se convirtiera en una suerte de terapia que fomente este encierro de las personas en su inmanencia y deje de ser una peregrinación con Cristo hacia el Padre”.

Esquema presentado por Juan Carlos Carvajal para desarrollar su ponencia.

## El primer anuncio cristiano en un entorno ya no creyente

### 1. Presupuestos para la pastoral actual del Primer Anuncio

Misión de la Iglesia<sup>2</sup>: Evangelizar. Jesús nos dice: Id a todo el mundo, proclamad la buena noticia del reinado del amor de Dios por cada uno de sus hijos, con predilección por los que no lo conocen o se le han perdido, y haced discípulos míos, convocadles a constituirse en “pueblo de Dios” la familia de los hijos de Dios, la plenitud de lo humano (no hay amor más grande que el de quien da la vida por los que ama; amaos unos a otros como yo os he amado).

Desapareció la cristiandad. Nos ha cambiado el entorno. Familia y sociedad no preparan para la recepción de la fe cristiana. No podemos seguir haciendo las cosas como si el entorno social aún debiera ser como el de la cristiandad, pensando que las democracias modernas deberían asumir los criterios de vida cristianos, los que nacen de una fe asumida y compartida en comunidad. No va a ser así.

La Parroquia es todavía el lugar de encuentro de los que ya conocen el Evangelio, al Dios de Jesús. Pero la Parroquia vive inserta en un entorno no cristiano, que no se rige por criterios cristianos. Lo vemos en nuestras familias y en nuestras amistades, en los lugares de trabajo y convivencia y en los tiempos de ocio y vacaciones.

¿Quién ha de realizar el primer anuncio a los que no creen, a los alejados de la fe o de la Iglesia, o los que piensan que la Iglesia es una poder dañino a la sociedad? Todo cristiano. El sujeto del Primer Anuncio es el cristiano allí donde se encuentre y con quienes trabaja, se encuentra o convive. Todos los bautizados, y allí donde nos encontremos. Un segundo paso serán “los cursos” primeros, que a veces también se llaman de primer anuncio o de iniciación a la fe, pero que se llevan a cabo ya en nuestras parroquias. Los reciben personas que ya han roto el hielo con los cristianos y empiezan a encontrarse bien con los que desean conocer a Jesús y con los que lo dan a conocer, y por eso se atreven a entrar en los espacios de la Parroquia que les abre sus puertas.

Estamos en un tiempo de equilibrio en la Iglesia, no vale oponer humanizar a evangelizar. Antes se decía, primero ocupémonos de la promoción humana, luego ya podrán escuchar la palabra de Dios y celebrar los sacramentos si quie-

---

<sup>2</sup> Reflexiones del profesor José Vidal Taléns a partir de la conferencia de Juan Carlos Carvajal Blanco (cf. su libro: *Pedagogía del Primer Anuncio. El Evangelio ante el reto de la increencia*) dirigida a los sacerdotes el 11 de Enero de 2018.



ren. ¡Humanizar antes de evangelizar! Pero puede pasar que si la tarea humanizadora se considera un éxito, entonces no se sepa ya a qué viene el cristianismo; éste habrá llegado demasiado tarde (Henri de Lubac). Desde la fe partimos de la convicción de que el cristianismo es la verdadera humanización de la humanidad. Nuestro ser cristianos no queda entre paréntesis cuando buscamos humanizar, al revés, nuestra motivación, cuando damos el pan y ayudamos a que se promocionen como personas, es que lleguen a tomar conciencia de su dignidad, la que se funda en ser hijos de Dios.

Ni humanización sin evangelización, para que la propuesta cristiana no venga como un añadido; ni evangelización que descuidara la humanización, porque entonces se le supondría una fuerza mágica a la Palabra de Dios, que supliera el déficit de encuentro humano, el déficit de trabajo y promoción humana.

¡Cuánto esfuerzo en nuestras catequesis sin dar el fruto esperado! Falta la disposición previa para poder ser receptivos de lo que se le va a ofrecer en la catequesis. Pasan por las catequesis pero las catequesis no pasan por ellos, no transforman sus personas, no se hacen discípulos. ¿Cómo favorecer dichas disposiciones previas?

Con el Papa Francisco estamos ante una verdadera renovación eclesial, no podemos seguir haciendo lo que hacíamos. Nos pide que dejemos de ser auto-referenciales y que nos centremos en el otro, que entremos en un proceso misionero. Volvemos al tiempo de los Hechos de los Apóstoles cuando los apóstoles salen a los pueblos donde no se conoce a Jesucristo y lo anuncian; y luego cuando hay creyentes se constituyen en comunidad, en la casa donde se reunirá la comunidad. Después vinieron los Templos y las estructuras de poder para salvaguardar el orden cristiano. Pero a lo largo de la historia, el Espíritu Santo suscitó carismas en personas que salían hacia formas de vida de radicalidad evangélica o formas de vida misioneras. Hoy es el tiempo de volver a salir hacia la misión desde una radicalidad evangélica; discípulos de Jesús siempre; sí, pero discípulos misioneros.

El presupuesto de la renovación de la Iglesia es que la Iglesia que está evangelizada sale a evangelizar. El presupuesto de la evangelización es, pues, haber sido evangelizados, haberse encontrado con Jesús, haber sido encontrados por Jesús, sabernos llamados y seguirle en el discipulado, para seguir siendo discípulos y misioneros. No es necesario haber tenido una experiencia extraordinaria. Quizá en una vida ordinaria, ciertas personas encarnaron al Jesús que nos alcanzaba en determinados momentos de nuestra vida.

¿Encontramos con Jesucristo? Sí. Las instituciones y estructuras eclesiales no suplen el encuentro personal con los hombres, ni el encuentro personal con Jesucristo; este encuentro es lo previo para poder ser evangelizador y no mero

propagandista o ideólogo que adoctrine. Hoy el primer anuncio debe estar latiendo en toda la vida de la Iglesia. Aunque con ello no hemos acabado; porque la semilla debe cuidarse y después ha de venir la iniciación cristiana y el discipulado y la preparación para la misión.

Los cinco elementos esenciales de una parroquia evangelizadora. Uno lleva al otro, siempre empezando y siempre culminando en fraternidad y en adoración a Dios:



## 2. Comencemos por el Primer Anuncio

Cualquier ser humano, incluido cualquier pecador, puede ser alcanzado por Jesucristo *a través de sus testigos y de su Espíritu Santo*. Algún cristiano, con sus limitaciones o imperfecciones, algún testigo de Jesús ha de hacerle presente y accesible al hombre contemporáneo, distraído en sus temas o angustiado en sus problemas. Jesús contó con sus discípulos y hoy sigue contando con discípulos evangelizadores y con su Espíritu Santo. Alguien ha de prestarle su voz y su corazón, sus manos y sus pies, para salir al encuentro de las personas que no le conocen o le conocen mal, algunos hasta rechazarle sin esperanza de que



signifique algo para ellos. Con sus discípulos y con su Espíritu Santo la salvación que aporta Jesucristo sigue operativa para cada generación.

Ese momento no debe darse por supuesto, ni nunca por superado. Todos los cristianos y hasta los sacerdotes pasan por algún momento en que necesitan que les llegue de nuevo “el primer anuncio”; cuando alguien ha de decirnos de nuevo: “Ten paz, es Jesús quien te lleva. Jesús te ama; y aún quiere contar contigo. Jesús se entregó también por ti para que conocieras lo que sería tu salvación”. Así pues, alguien nos ayuda a discernir sobre lo que estamos viviendo y nos refleja la luz que necesitábamos para ver lo que no veíamos.

Por eso, dice el Papa, “cuando a este primer anuncio se le llama “primero”, eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en sentido cualitativo, porque es el anuncio principal, ese que siempre hay que volver a escuchar” (EG 164). Será como volver al primer amor.

Este *Kerygma* nace del anuncio apostólico de Jesús resucitado, el Cristo e Hijo de Dios, nuestro Señor y Salvador, que nos invita a una conversión a Dios Padre y a los hermanos.

Traducido puede sonar así o de forma similar:

Me hago cargo de lo que te preocupa. Ten paz, es Jesús quien te lleva. Jesús te ama; y aún quiere contar contigo. Jesús se entregó también por ti para que conocieras lo que sería tu salvación. Jesús quiere que encuentres tu salvación, tu fortaleza, tu luz, tu liberación. Pase lo que pase en tu vida, tú vida siempre será redimible, porque tú eres amable, porque Dios te ama como te amó ya cuando te llamó a ser tú, único para Él, un hijo para Él y hermano para tus hermanos.

El *Kerygma* así repropuesto, reformulando el testimonio apostólico, es una palabra personal, dirigida a la persona concreta, que de una forma u otra le dice que Jesucristo está presente en su vida. Y es una palabra performativa porque, en virtud del Espíritu Santo, hace lo que dice, hace verdad: de alguna forma le hacemos experimentar, con nuestra palabra y cercanía, lo que decimos, que Jesús le ama y le salva. “El *Kerygma* es trinitario. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre” (EG 164).

Pero el anunciador asume el riesgo del encuentro interpersonal, asume el riesgo de conocer lo que le pasa al otro y verse implicado en lo que le pasa, porque de lo contrario podrá atrapar al otro por la fuerza del marketing, la seducción de la propaganda o las movidas, sin alcanzar el corazón del otro desde donde todo se transforma y se convierte a Dios. No basta decir “Jesús te ama”. Hay que comunicar cómo le ama, decir cómo le salva a él, lo que implica dirigirle una palabra que me va a comprometer con él y con su vida. Y no basta

decir “Jesús te ama”, si es una frase aprendida pero no vivida por el que la anuncia.

Dice el Papa: “La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él y que nos mueve a amarlo siempre más”. No puedo decir “Jesús te ama” si no soy auténtico en ese momento, si no soy sincero con lo que digo, si no me creo que Jesús me ama y me salva; se me notará enseguida que es propaganda de un grupo que quiere captar adeptos engatusando con palabras zalameras. No; el evangelizador arriesga su vida en el encuentro con la vida del otro. No puede salir indemne del encuentro. Para atrevernos, dice el Papa, orar y pedir a Jesús que nos abra el corazón y sacuda nuestra vida tibia o superficial. “Urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás” (EG 264).

En el Primer anuncio se compaginan:

- a) El itinerario que el Espíritu Santo hace interiormente en nuestros destinatarios para que se abran a Dios.
- b) La acción de los cristianos que llevan el primer anuncio al otro. No es nuestra obra solamente, no es una acción prometeica, nos prestamos voluntarios a Jesucristo a ser corredores con Él, pasión incluida (la suya y la nuestra) y Espíritu derramado (el suyo y el nuestro).

### 3. Hitos de esta pedagogía de la fe: de la conversión hasta la acogida del Evangelio.

- a) El primer movimiento que el Espíritu hace en las personas es que lleguen a tomarse en serio. “Conócete a ti mismo”. El Espíritu las llevará a conocerse a sí mismas, irá *despertando en cada una que es persona*, que lleva unas exigencias en su ser humano. (En nuestro mundo resulta difícil, porque muchos no pasan de meros receptores de una propaganda y modos de reconocimiento social). El mayor aliado, pues, será la vida misma, cuando algo les haga caer de la superficialidad de su vida, en los reveses que nos da la vida, cuando recibimos algún revolcón que nos lleva a tomar conciencia de sí. El cristiano que acompaña la vida del otro sabrá detectar esos revolcones que le ha dado la vida. Así se nos impone como imperativo el conocernos, quién soy yo para mí, a dónde camino.

No permanezcamos como espectadores en estos momentos vitales de periferia existencial de las personas, cuando en la soledad que han quedado o en sus fracasos, son confrontados a sí mismos. Si en esos momentos algún cristiano se les hace prójimo, puede comenzar algo. Por eso los cristianos hemos vivir donde la gente, el Papa habla del



“pueblo”; cierta inserción en los ambientes de trabajo y sociales será necesario, aunque esos sitios no sean confesionales, o precisamente por ello.

- b) De pronto, aparecen *las cuestiones fundamentales de la vida*: por qué me ha pasado a mí esto. He llegado a una responsabilidad que me siento desbordado. Mi situación me supera. No debía responder así, y lo he hecho. Ha sucedido, y era lo que deseaba que nunca ocurriera. Por qué. Tantos porqués. Preguntas que corremos la tentación de ignorarlas u olvidarlas. A dónde he llegado después de tanto, para qué he trabajado o me he esforzado, qué queda... Aparece la pregunta por el sentido de la vida. Tenía algunos sentidos por los que vivía, yo le veía sentido a lo que hacía, y ahora...

El sentido no se da, se recibe; no es lo que uno ve, se descubre. En el momento del fracaso yo me debo abrir. Ahí los cristianos compartimos las preguntas y aplazamos las respuestas. Deberíamos ser maestros de hacer preguntas. La misma pregunta es evangelización. Acompañamos al otro desde donde está y donde le pillamos en su vida. Y hay preguntas que no tienen respuesta, nos superan, y llegamos a tomar conciencia del misterio, y de que yo mismo soy un misterio. Quiero hacer el bien y me encuentro con el mal que no quería hacer, dice Pablo.

Somos un misterio. Aparece la pregunta religiosa. El Espíritu está disponiendo a la persona. Ésta sale de sí mismo para pedir sentido, se abre al más allá, o bucea hacia el más profundo centro. Se dirige a alguien y en el fondo busca Alguien. Ora balbuciendo, gimiendo; o grita clamando, protestando, dando palos en el aire. Está disponiéndose a aceptar sentido de fuera de sí. Quienes acompañamos a la persona hemos de saber detectar ese momento en que se abre, y con él nos abrimos al misterio de la vida.

- c) Es el momento del primer anuncio. *Anunciarle que Dios estaba trabajando en él*. Ese abatimiento o esa rebeldía en que había caído. Paz y bien. “No me buscarías si yo no te hubiera buscado”. Dios te estaba esperándote. ¿No te das cuenta de lo que estás cambiando, que te haces preguntas que antes no te hacías? ¿No será el Espíritu de Jesús que te ha ido trabajando? Puede que también nos diga: ¡Cómo me gustaría creer como tú, no puedo. Cómo me gustaría que lo que tú estás diciendo fuera verdad, como me gustaría vivir lo que tú vives! Está habiendo una atracción, gira su mirada de la superficialidad y del pecado del mundo hacia Dios que abre nuevas posibilidades a la existencia humana.

- d) **La salvación cristiana siempre se da en la carne de la vida.** El Hijo de Dios se hizo carne en nuestra historia. Ahora el cristiano hace carne a Jesús en los encuentros a los que sale. Presencia evangelizadora, discípulos que se hacen presentes en la vida compartida con los otros, “como uno más”, aunque “no somos uno de tantos”. En mi familia, en el trabajo, en la sociedad, donde mis hermanos no son creyentes, soy un hermano más, un trabajador más, un vecino más, pero algo nuevo aporta mi presencia. Por eso se nos interpela tantas veces: “A ver qué dice el beato, o qué dice la Iglesia”. “Sobre esto no tenéis nada que decir”. “No seas iluso”. **Esta presencia significativa se convierte en testimonio** o en escándalo, hasta ser ridiculizados. Pero cuando pasa alguien por un problema serio, a quien se lo cuenta es al cristiano. A pesar de que fue ridiculizado, esa persona se ha ganado credibilidad, qué es lo que le hace vivir así.
- e) El testigo, no se predica a sí mismo, siempre es testimonio del Absoluto, de Jesús, del Evangelio vivido en coherencia. **El testimonio no es un monólogo. Puede y debe entrar en el diálogo.** De alguna forma el otro nos dice: “Tú, por qué actúas así”. En el diálogo puede el cristiano expresar el misterio que le habita. Pero si antes ha entrado en el diálogo la otra persona y el creyente ha podido discernir cómo el Espíritu ha estado trabajando en la persona. Ahí en ese diálogo con la persona y su vida se nos dará la semántica, lo significativo, para poder hacer el anuncio explícito. No diremos el mismo testimonio del Evangelio a la madre que ha dado a luz que a otra madre que ha perdido a su hijo.
- f) Dicho anuncio contará con una gramática en **tres momentos**.
- a. Momento **narrativo** y autoimplicativo: hemos de contar aquello que vamos a proponer como algo que está vivo y activo en nosotros, no informamos de algo que nos es ajeno, y si decimos algo que aún no es nuestro, lo reconoceremos y apuntaremos que ahí vemos sentido para seguir caminando.
  - b. Momento **declarativo**: declaramos, proclamamos el *kerygma* que nos salva, de un modo personal, 1) recogiendo los elementos que en el diálogo con el otro significaban apertura y disponibilidad receptiva en él; 2) y lo hacemos en confianza, aunque nuestras palabras nos parezcan débiles, en esas palabras es donde puede actuar el Espíritu desde fuera de él.
  - c. Y momento **propositivo**, la propuesta. Si Dios está en tu vida, si te está trabajando, déjate llevar, fíate, ábrete al misterio que llena de sentido lo que te está pasando y te abre y te da futuro.



Esta personalización de la experiencia creyente y testimoniante no se da mucho en las parroquias. Hablar de nuestra experiencia personal de Dios, no le ponemos palabras, sobre esta base lo podrán reconocer en los otros. Nuestras catequisis se acercan más al formato de la teología. El Papa Francisco nos pide el modo de acompañamiento:

En una civilización paradójicamente herida de anonimato y, a la vez, obsesionada por los detalles de la vida de los demás, impudorosamente enferma de curiosidad malsana, la Iglesia necesita la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro, cuantas veces sea necesario. En este mundo los ministros ordenados y los demás agentes pastorales pueden hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5: “Descálzate, que el terreno que pisas es sagrado”). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador del que se hace prójimo del otro (Lc 10,36-37), con una mirada respetuosa y llena de compasión, pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana (EG 169).

Aunque suene a obvio, el acompañamiento espiritual debe llevar más y más a Dios, en quien podemos alcanzar la verdadera libertad. Algunos se creen libres cuando caminan al margen de Dios, sin advertir que se quedan existencialmente huérfanos, desamparados, sin un hogar donde retornar siempre. Dejan de ser peregrinos y se convierten en errantes, que giran siempre en torno a sí mismos sin llegar a ninguna parte. El acompañamiento sería contraproducente si se convirtiera en una suerte de terapia, que fomente este encierro de las personas en su inmanencia, y deje de ser una peregrinación con Jesucristo hacia el Padre. (EG 170).